

Domingo 18 octubre 2009

El Evangelio de hoy

Mc 10,35-45

Entregar la vida en rescate por muchos

«Maestro, concedenos que nos sentemos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda». Esta es la petición que hacen a Jesús dos de sus apóstoles, los hermanos Santiago y Juan, cuando él ya había manifestado su poder por medio de numerosos milagros, incluso dominando las fuerzas de la naturaleza, tanto que los testigos se preguntaban: «¿Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?» (Mc 4,41)

La petición de los hermanos es equívoca. En efecto, los dos apóstoles están pensando en una gloria humana de Jesús y desean poseer poder político en este mundo, cuando él comience a reinar -así lo esperaban ellos- a la manera de David, su padre. En su respuesta Jesús se refiere, en cambio, a su gloria celestial: «No saben lo que piden... Sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está preparado». Jesús ya había comenzado a enseñar a sus apóstoles que él, lejos de reinar en este mundo, «sería entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas... lo matarían, y a los tres días resucitaría» (Mc 10,33-34). La petición de los dos hermanos es inmediatamente sucesiva a esta enseñanza, dejando en evidencia su completa incomprensión. Y no era mayor la comprensión de los otros apóstoles: «Al oír esto los otros diez, empezaron a indignarse contra Santiago y Juan». También ellos deseaban esos puestos.

Jesús entonces enfrenta directamente el tema de las ambiciones de poder en este mundo: «El que quiera llegar a ser grande entre ustedes, será servidor de ustedes, y el que quiera ser el primero entre ustedes, será esclavo de todos». Este es el sentido de todo poder político para un cristiano -«entre ustedes», dice Jesús-, es decir, se debe desear con el único fin de ser servidor de los demás, hasta el punto de hacerse esclavo de todos. ¡Qué pocos han cumplido con este programa en la historia!

Jesús lo ilustra con su propio ejemplo: «Como el Hijo del hombre que ha venido no a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos». Este misterio lo expresa San Pablo en un hermoso himno: «Cristo siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo» (Fil 2,6-7). El servicio de Cristo no fue algo de poca monta, sino

que consistió en «dar su vida en rescate por muchos», es decir, para obtener su salvación. No se puede imaginar un servicio mayor.

Puede parecer extraño que Jesús diga «en rescate por muchos» y no «por todos». La razón está en la contraposición entre uno solo -él mismo, que es quien se entrega- y el inmenso número de hombres y mujeres a quienes rescata: «muchos». Esta misma expresión la usa en la última cena, cuando da a beber a sus discípulos el cáliz: «Esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos» (Mc 14,24). «Muchos» no se opone a «todos». En la expresión de Jesús «muchos» significa «todos» y, además, que esa totalidad es muy numerosa: incluye a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos. Es lo que enseña el Catecismo: «El término "muchos" no es restrictivo: opone el conjunto de la humanidad a la única persona del Redentor que se entrega para salvarla. La Iglesia... enseña que Cristo ha muerto por todos los hombres sin excepción: no hay, ni hubo ni habrá hombre alguno por quien no haya padecido Cristo» (Catecismo 605). Para esto tenía él el poder.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles